

Mely González  
Aróstegui

*Palabras de investidura  
en la condición de  
Profesor Invitado a  
Aurelio Alonso Tejada*



uba, 1959. El sueño de lo posible se hace tangible a través de su Revolución. Los convulsos sucesos que le acompañan dinamitan las bases de la República decadente. Con la fuerza de huracanes, se mezclan mujeres y hombres, obreros y campesinos se abrazan, la vanguardia y la ortodoxia se miden, con desconfianza, y a la vez con el ímpetu que guarda todo gesto riesgoso, que termina siendo transgresor de emplazamientos antimperialistas y antiburgueses sin antecedentes en la región hasta el momento.

Nadie como Lezama para caracterizar la mística de este momento:

«La Revolución Cubana significa que todos los conjuros negativos han sido decapitados. El anillo caído en el estanque, como en las antiguas mitologías, ha sido reencontrado. Comenzamos a vivir nuestros hechizos y el reinado de la imagen se entreabre en un tiempo absoluto. Cuando el pueblo está habitado por una imagen viviente, el estado alcanza su figura».

La noción del compromiso político, el pacto entre intelectuales y sociedad empieza a operar desde otra dimensión, que prioriza la acción y donde el ser de la palabra pasa por los horizontes del deber ser de la política y sus contenidos pragmáticos. El gran dilema de los intelectuales abre sus fauces, la eterna contradicción entre individuo y sociedad, entre artista y Revolución, cobran cuerpo, carne, alma.

Sus protagonistas nos hablan desde el tiempo vivido y nos cuentan glorias y agonías. Sus titubeos y sus certezas. Uno de sus protagonistas está aquí hoy con nosotros: Aurelio Alonso Tejada. Su irrupción en el escenario del debate de los sesenta se materializó con la conocida polémica de los manuales, que nos llevó por el camino de discutir profundamente los daños y perjuicios, también la necesidad limitada de estos materiales y libros, en su mayoría provenientes de la extinta Unión Soviética. A lo largo de más de cuarenta años las publicaciones de Aurelio han tocado éste y otros muchos temas, sobre los estudios socio-religiosos en nuestro país, sobre el socialismo cubano, sobre los retos que debe enfrentar la región. De sus labios hemos escuchado vivencias, de sus entrevistas hemos ido sacando importantes conclusiones, de sus trabajos hemos aprendido la necesidad de mirar con ojos críticos estos años. Porque como él mismo nos dice: «Muchas páginas han sido escritas sobre “los sesenta” cubanos, para glorificarlos o para denostarlos y tergiversarlos. Es difícil hablar de aquellos años exentos de pasiones. Pero también han quedado muchas cosas por decir: falta sobre todo una mirada crítica que no parta sólo de las presiones del revés del instante, sino que lo vuelva a escrutar todo desde la distancia histórica. Una mirada que capitalice también el aprendizaje de las etapas que le siguieron, y de los reveses, enormes algunos, que habríamos de padecer después».

Y ha sido consecuente Aurelio. Nos ha alertado, severo crítico de todo lo que lee. También nos ha apoyado en nuestros trabajos, que han sido difíciles ejercicios de pensar porque nos hemos tenido que enfrentar, en efecto, a un océano de dudas y temores. Nos ha narrado, con pasión pero sin resentimientos, los años duros que antecedieron al 1er Congreso de Educación y Cultura, también los posteriores. Protagonista del cierre del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, nos ha contado además cómo ocurrió la clausura de ese proyecto cultural que fue la revista *Pensamiento Crítico*, largamente acariciado por un grupo de jóvenes intelectuales, clausura que dejó abierto un sinnúmero de interrogantes aún no respondidas. A *Pensamiento Crítico* había quedado confinado en gran medida el flujo de ideas y discusiones, al margen de todo canon, en que se desempeñó el pensamiento socio-cultural en la primera década de Revolución truinante, no exenta de inflexibilidades.

En el número correspondiente al mes de agosto de 1970, una nota de presentación de sus redactores enfatiza: «El dogmatismo es un lastre, hay también un falso sentido de la militancia política del científico que obliga al *happy end*: - estos nuevos desarrollos han agudizado contradicciones - convirtiendo la ciencia en un edulcorante ideológico en lugar de un método de cuestionamiento en función de una práctica revolucionaria».

A solo unos meses del Congreso de 1971, que cambió el universo del debate ideológico en el seno de la Revolución para abrir el tristemente período conocido como *Quinquenio Gris*, en la revista se anota: «Partimos de una convicción revolucionaria, a la que el ejercicio intelectual se hace más eficaz como acto revolucionario. La comprensión del presente no está dada por su legitimación, sino por la capacidad de subvertirlo».

La Revolución cubana realizó enormes esfuerzos en el campo del pensamiento, e hizo aportes muy notables al desarrollo del marxismo. Un marxismo que exigía ser rebelde, creador y hereje. Fidel y el Che habían inspirado la formación de una vertiente marxista latinoamericana, y se dirigieron al mundo entero desde un comunismo de liberación nacional con particularidades realmente creadoras. Todo esto se entendió así por los que formaron el llamado «grupo de la calle K» e hicieron la revista *Pensamiento Crítico*. Con todos sus aciertos, errores e insuficiencias. Y cuando esta obra quedó cercenada sin convincente explicación, otros frentes de trabajo fueron abrazados por estos intelectuales, siempre al lado del proyecto tan trascendental que habían vivido años, y así nos enseñaron que la obra inmensa de la Revolución no tiene rival, muchos menos el rival del resentimiento, la duda, la traición. La obra inmensa de la Revolución nos supera, aún y por muy grandes que puedan resultar nuestros esfuerzos personales.

Es natural que entre los revolucionarios se presenten diferencias y divergencias en cuanto a los caminos del socialismo, y al marxismo. Pero en el caso que nos ocupa existió un denominador común que guió las conciencias y las voluntades de los que mantuvieron las ideas y posiciones más disímiles: la Revolución cubana, con su justicia socialista y su liberación nacional. Al decir de Fernando Martínez, otro gran artífice de estos tiempos, «que ese denominador común predominara siempre, es un gran ejemplo de lo que es posible conseguir cuando se desatan las

fuerzas de las personas en una sociedad que sea a la vez organizada, consciente y libertaria». No olvidemos la guerra cultural a la que sin remedio nos obligan tres realidades: «la agresividad sistemática del imperialismo; la capacidad del modo de vivir capitalista de recuperar terrenos y reabsorber formas de vida que se han formado ajenas a él y aún negándolo; y la dimensión descomunal de nuestro proyecto de cambios de las personas, las relaciones y las instituciones, esto que debemos seguir llamando socialismo». Y con este insoslayable telón de fondo es que se han movido las fuerzas revolucionarias desde 1959.

Entender a Cuba y a su Revolución es imposible sin conocer, valorar y comprender a los hombres que a ella se han sumado. Cada momento, cada etapa, cada proceso, con sus luces y sus sombras, sus alegrías y sus tristezas, sus éxitos y sus fracasos. Cada generación de cubanos ha intentado irrumpir en el escenario de la revolución desde su altura. Así conocimos a Aurelio, cuando luego del Congreso de LASA 2000 que se celebró en Miami, nos comentó de su polémica con Jesús Díaz, luego de haberle hecho llegar éste su ponencia al Congreso «El fin de otra ilusión (a propósito de la quiebra del *Caimán Barbudo* y la clausura de *Pensamiento Crítico*)». En su casa, tomando un café en la terraza, nos entregó de una forma muy sencilla su respuesta al renegado, que denominó «La segunda vida de Jesús Díaz», y que era en efecto la prueba inequívoca de esa «segunda vida» de este intelectual cubano, que impulsó desde Madrid un proyecto intelectual como la revista *Encuentro de la cultura cubana*, ajeno a los ideales abrazados en los sesenta.

Y nos llamó la atención su respuesta al criterio de Jesús de que era el «silencio» lo que había caracterizado a todos aquellos jóvenes intelectuales «marcados por la censura castrista» en los sesenta. Dice Aurelio en esta ocasión: «Tampoco rompimos con nuestro compromiso revolucionario puntual con las instituciones, ni cuestionamos el liderazgo político, a pesar del espectro de diferencias y discrepancias que desde entonces vimos abrirse. Es por eso que pienso que fue la “lealtad” (a los ideales, al pensamiento y a los principios, sobre todas las cosas) y no el “silencio” lo que nos caracterizó [...] Es por eso que me permito insistir que la capacidad de mantener el compromiso político —de no someterse al oportunismo del acomodo ni a los impulsos de la amargura— se pone a prueba sobre todo cuando se

percibe el rechazo. No lo puedo ver como un síntoma de resignación, o como algo comparable a “las confesiones ante el Tribunal del Santo Oficio”. No diré que me satisfaga haber tenido que atravesar esas penosas pruebas, pero sí me precio de haber mantenido mi posición esencial ante el proyecto revolucionario, y no haber optado por la ruta de las claudicaciones».

Cuando el Período Especial nos obligó a mirar atrás y asirnos a nuestra historia, cuando el neoliberalismo logró que muchos negaran de su sentido humano, cuando el culto al consumo y a la posesión de bienes materiales transformó a las personas y el «hombre de éxito» se tornó «billetera andante» sin capacidad de asombro, allí estaban los ensayos esclarecedores de toda esta generación de intelectuales «leales a la Revolución».

No idealizamos la realidad. Como Cintio Vitier asumimos esa máxima martiana que encierra el criterio de valoración histórica que nos inspiró estas palabras: «Los hombres no pueden ser más perfectos que el sol. El sol quema con la misma luz con que calienta. El sol tiene manchas. Los desagradecidos no hablan más que de las manchas. Los agradecidos hablan de la luz».

Así te vemos, Aurelio, en el complejo entramado de acciones de este proyecto social, ya de por sí polémico y controvertido, con el tabaco en la comisura, siempre dispuesto a conversar, a emitir juicios, a reconocer errores, a enseñarnos cómo caminar sobre el océano, aun cuando esté encendido. Y terminamos agradeciéndote que sigas nuestros pasos y nuestros esfuerzos, y nos acompañes en este camino tan difícil que siempre es hacer la Revolución.